



Somos personas abiertas a la trascendencia

Ser persona según la Acción Católica

Jesús Moreno Led, Consiliario General

“Construir... una persona con sentido de trascendencia, que descubre en sí misma y en lo que le rodea algo más que lo puro inmediato y cercano. Un ser abierto a lo trascendente que, como tal, es capaz de descubrir la profundidad y radicalidad de la vida y de la historia, vislumbrando en ella la acción amorosa de Dios” (LA FORMACIÓN EN LA ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA)

No debemos suponerlo. Aunque podría parecer que sí. Pero es el caso que no toda persona “religiosa” es, sólo por eso, una persona con sentido de trascendencia. Todos conocemos a personas “muy religiosas”: asisten a la Eucaristía, hacen novenas, rezan el rosario, no se dejan una procesión, incluso dan limosna... Pero en su vida se organizan sólo por su propio interés, son egoístas, rencorosas, vengativas, juzgan negativamente a los otros, su relación con Dios se rige por el “por-si-acaso” (por si acaso hay algo después, por si acaso me pasa algo...) y por el “para-que” (para que Dios no me castigue, para que no me suceda nada malo...). Estas no son personas abiertas a la trascendencia por muy “religiosas” que sean.

Evidentemente que hay personas, sencillas o formadas, que participan en todos esos actos religiosos y tienen un verdadero sentido trascendente de la vida y viven de acuerdo con él. No se puede generalizar. Sería injusto y falso. Pero, con todo, podemos asegurar que hay personas “religiosas” con poca o ninguna apertura a la trascendencia. Con una religiosidad entendida y practicada como puros actos externos. Son personas carentes de auténtica fe.

“Dios lo ha querido así”. Es una frase que podemos escuchar de labios de una persona que ha padecido una desgracia en sí misma, en su familia o la ha visto en otra persona. Estas tienen un sentido equivocado de la trascendencia. Como aquel padre cuyo hijo salió ileso de un accidente de tráfico en el que murió un amigo que lo acompañaba: “Gracias a Dios, a mi hijo no le pasó nada”. Muy bien. ¿Qué tendrán que decir los padres del hijo muerto: “Gracias a Dios, mi hijo ha muerto”? ¡Terrible, caprichoso e injusto un Dios que actuara así! No sería humano ni decente creer en él.

Pero nuestro Padre Dios no quiere ni permite el mal. Lo padece con nosotros y como nosotros. Es un Padre con entrañas de misericordia que se le rasgan cuando sus hijos padecen o hacen el mal. El nos quiere libres con el riesgo de la libertad (¿para qué crear marionetas sin libertad manejadas desde arriba?). El está junto al que sufre, pero no enviando o frío ante el dolor. La fe en Dios nos fortalece para vivir en el sufrimiento y para no hacer el mal. Y tampoco depende de Dios nuestra buena suerte, si la tenemos.

1. "Como todo depende de la fe, todo es gracia" (Rom 4,16)

Esta frase la refiere S. Pablo directamente al hecho de que la promesa, hecha a Abrahán, llegará a cumplirse como fruto de la fe y no del cumplimiento de la ley de Moisés. Por eso, la promesa llegará a todos, sean o no descendientes legales de Abrahán. Esta afirmación de Pablo también ilumina, además, nuestro tema.

Todo es gracia. "Somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para realizar las buenas obras que Dios nos señaló de antemano como norma de conducta" (Ef. 2,10). Nuestra existencia no es fruto de la casualidad. La sola evolución de la materia no explica definitivamente la creación. Es mucho más. La decisión libre y gratuita de Dios la origina. Por puro amor. Para que participemos de su gloria. "Sabed que el Señor es Dios, él nos ha hecho y suyos somos, su pueblo y ovejas que él apacienta" (Slm. 99,2; cfr. Slm. 103).

Todo es gracia. "Vio entonces Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno" (Gen. 1,31). "Como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura de sus fieles. El sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que somos polvo" (Slm. 102, 13-14). Desde el principio y siempre, el amor de Dios es fiel. El nos sigue acompañando en nuestra existencia personal y en el caminar de la historia, aunque estemos "hechos de polvo". Pero "polvo" amado.

Todo es gracia. "Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios" (Gal. 4,4-5). "Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores" (Rom. 5,8). La cercanía del Padre a las personas y su compromiso con la historia tiene su mayor expresión en el envío y en la entrega del Hijo. Jesús de Nazaret es el empeño del Padre, hecho historia concreta de amor, por llevar libremente a los seres humanos hacia la plenitud de vida, también aquí, en el mundo. El empeño por mostrarnos que la vida solo es vida cuando hay amor.

Todo es gracia. "Y la prueba de que sois hijos es que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ABBA, es decir, Padre. De suerte que ya no eres siervo, sino hijo, y como hijo, también heredero por gracia de Dios" (Gal. 4,6-7). Dios no nos contempla desde fuera, no es espectador del teatro del mundo. Se ha implicado hasta donde era impensable: vive en nosotros, habita en nosotros, nos inunda permanentemente por el Espíritu Santo. No sólo camina a nuestro lado, está dentro de nosotros.

Todo es gracia. "La creación vive en la esperanza de ser también ella liberada de la servidumbre de la corrupción y participar así en la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (Rom. 8,20-21). Toda la obra creada por Dios tiene ansias de eternidad. Lleva en su interior un deseo y un germen de superación, de plenitud, dados por Dios. Deseo que no cesará hasta que progresiva y gratuitamente sea llenado por el mismo Dios. Este anhelo de perfección está actuando constantemente y tiene en la persona humana un contemplador que lo admira y un colaborador que lo potencia. También puede obstaculizarlo. Y vaya si lo hace.

Todo depende de la fe. Este breve recorrido por todo lo que, como gracia, ha hecho y sigue haciendo el Padre necesita, por parte del ser humano, la fe. "Sabemos, además, que todo contribuye al bien de los que aman a Dios, de los que él ha llamado según sus designios" (Rom. 8,28). Los llamados por Dios somos todos. Sólo los que lo aman, es decir: los que creen en él, descubren el bien que se esconde dentro de todo lo que nos rodea y sucede, su sentido profundo y último. Sólo los que aman a Dios descubren su permanente presencia y su constante acción.

Este camino concreto desbozado es el que aceptamos por la fe los cristianos. Por él, por su revelación, sabemos que Dios ha actuado y actúa en la persona y en la historia. Todo creyente en Dios, sea cual sea su tradición religiosa, acepta y vive esta presencia oculta y actuante de Dios en su vida y en la historia. Su visión de la existencia y de la historia engloba como aspecto fundamental el aceptar que éstas tienen un sentido distinto cuando se viven desde la apertura a Dios, a la transcendencia. El creyente auténtico es el que se rige por esta apertura y vive dejándose iluminar por ella y descubriendo lo que Dios va haciendo en la historia y en cada uno. Porque es persona con sentido de la transcendencia.

2. Descubrir y sentir una presencia: Dios

Así podríamos definir a la persona abierta a lo trascendente: la que descubre y vive en una nueva presencia: Dios. Esta persona no cree que Dios está allí arriba, lejos. Lo siente cercano, próximo. Dios está entre los pucheros, decía castizamente Sta. Teresa de Jesús. Pero no cocinando, añadido. Cocinamos nosotros; actuamos nosotros. Es nuestra responsabilidad. Hacerlo en la presencia de Dios, siendo conscientes o no de esa presencia en un momento determinado, y hacerlo bien. Este puede ser el sentido de la transcendencia como para andar por casa. El primer nivel. Fundamental.

La vida no es una sucesión de hechos inconexos, separados, sin relación. La vida es una tarea a la que Dios nos envía. Así lo siente toda persona creyente en él. Todos los actos, desde los más insignificantes a los más importantes, forman una corriente de vida que se abre a Dios, que lo acoge. Detrás de ellos, de todos ellos, y en ellos se esconde una finalidad: colaborar con Dios en la edificación de un mundo mejor, hacer más agradable la existencia de todos con la seguridad de que no estamos solos. De esta manera, ninguna existencia humana, por simple y sencilla que nos parezca, es inútil, sin sentido. Todos somos colaboradores libres y responsables en el plan de Dios. Todos contribuimos en su realización por muy simples que nos veamos.

La historia, para una persona con sentido de transcendencia, no es una sucesión caprichosa de acontecimientos. Ni una fatalidad que camina hacia la destrucción. Es obra humana, sí. Responsabilidad humana, por tanto. Pero camina hacia la plenitud. Porque Dios está implicado en ella. No para sustituirnos, pero sí para encauzarla por medio de aquellos que creen en su designio de salvación y por medio de los que, sin creer en él, se implican con toda su energía vital por un mundo más fraterno, por una creación más respetada. Ahí está Dios haciendo la historia con nosotros.

¿Y lo doloroso de la vida? Algo hemos dicho al comienzo. También ahí se encuentra a Dios. Pero no como quien lo envía o permite. La persona ligada a Dios libremente examina el dolor, sus causas, sus consecuencias y actúa según Dios: sanando, animando, trabajando contra el mal, aceptándolo cuando no se puede evitar, sufriendo con el que sufre y viviéndolo como una llamada a hacer el bien, a la misericordia y a la justicia. Todo el que acepta a Dios, vive el mal, el dolor, como algo inherente al ser humano y a la creación, pero no se resigna pasivamente ante él. No es un ser alienado, sometido, no deja todo como un esclavo en las manos de Dios, sino que se enfrenta con él como Dios, para que todo avance hacia mejor. Sabe que la cruz es preludeo de resurrección.

Aquí, por fin, entra la lectura creyente de la realidad. Partiendo de lo que sucede ¿qué nos quiere decir el Padre? ¿A qué aspiran las personas? ¿Qué reclama de mí, de nosotros, la historia y el ser humano contemplados desde Dios? ¿Qué nos propone el Señor en su Palabra? ¿Cómo se manifiesta aquí y ahora la acción siempre amorosa de Dios? ¿Qué nos está pidiendo? ¿A quién –por poner un ejemplo todavía actual- hemos de escuchar: al Sr. Busch y sus satélites o al Padre de la paz y de los pobres? Y, después, actuar en consecuencia.

De esta manera, la persona creyente en Dios sabe que no es sólo cuestión de participar en “actos culturales” o tener “costumbres religiosas”. Por el contrario, se compromete a andar por la vida descubriendo a Dios, buscando ser como él (“sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt. 5,28), querer lo que quiere él, implicarse por un mundo y por una sociedad mejor. Porque está ante y con Dios y porque Dios está con ella y la llama a esta misión.

Conclusión

Termino con dos breves textos, dos breves poemas. Uno y otro, cada uno en estilo diferente, nos hablan de lo mismo: la persona, la creación, la historia tienen una orientación trascendente: Dios. La persona creyente lo vive.

*“Qué importa lo que tengamos que hacer:
tomar una escoba o una pluma,
hablar o callar,
zurcir o dar una conferencia,
curar a un enfermo o escribir a máquina.
Todo esto sólo es
la corteza de una realidad espléndida,
el encuentro del alma con Dios
renovado cada minuto,
acrecentado en gracia cada minuto,
cada vez más bella para su Dios”.*

*“Dios es la unión profunda
de todo cuanto existe,
de todo cuanto hay
en el Universo.
Las palabras pueden abrir caminos
hacia realidades nuevas
que no se pueden aprender con palabras” (PHIL BOSMANS)*

Año 2003

Agradecemos al autor el permiso para publicarlo